

30 Calles
(ó los cuentos y relatos de
un viajero por la España del 2004)

Caracas, Noviembre 2004
jesús alberto maceira ortega

a quien viaja... solo por hacerlo, a quien viaja y extraña.
a quienes están lejos sí, pero muy cerca.
a los que sueñan, a los que suspiran.

Guitarra dulce, el viento y la fuente.

Media tarde en el Buen Retiro.

A lo lejos, un músico de calle juega con las cuerdas de su guitarra y, la melodía que se desprende se funde dulcemente con el viento tímido y el susurro leve de los pájaros.

El sol radiante, se alza como un farol único sujetando al cielo impecable, ausente de nubes.

El agua, corre constante sobre la fuente, incansable, se deja caer con alegría sobre la piedra crema, corrugada y serena.

Las flores amarillas que la admiran, se amontonan en rededor, como si la fuente fuera un teatro y la obra su existir.

Los árboles del Buen Retiro, balancean sus ramas tiernamente, como la bailarina clásica erguida sobre la punta de sus pies. Hay verde, mucho olor a bosque y pájaros de diversas familias que, van saltando de un lado a otro.

Sigue la guitarra dulce, el viento y la fuente.

Sale la palabra preñada de ti, para anhelarte fuerte en el Buen Retiro del Madrid ausente, insisto una vez más y se camina la melancolía por este parque, un jueves por la tarde, solo para desear poder verte un instante solo, un instante.

Caminas cerca, estás en cada esquina y no, siento que me piensas y que de pronto apareces enfrente. Me engaño, levanto la mirada y choca con tu ausencia, con tu silencio para dejarlo pasar y con el sueño a cuestas.

La guitarra dulce, el viento y la fuente, son testigos de lo mucho que te piensa y extraña mi alma. Me ven también, luchando conmigo mismo para encontrar la grieta en la que te conviertas en olvido pronto, para siempre. Deseando encontrarte pero a la vez olvidarte; en este Madrid soleado, de cielo ausente de nubes y también de ti.

Madrid.
Agosto 6, 2004

El Don y la Doña

Dicen que hubo un rebelde insurgente, audaz y romántico que desapareció en Toledo.

Y es que llegó al Madrid-agosto pero, al encontrarse con el vacío de su Doña, tomó el rumbo del Toledo-acero y se perdió, de locura quizá, pero ya no volvió más. En medio de armaduras, penachos y cascos, empuñó su espada por última vez y resultó mortalmente abatido.

Este Don Busca Sueños, se quedó caminando las estrechas calles toledanas, amarillentas y añejas. Se le perdió la mirada lejos en los matices sepias de las casas, de los caminos, de la historia.

Cuenta la gente que a este rebelde, lo vieron deponer sus armas y entregarse a las puertas del Alcázar, que añoraba encerrarse tras barrotes oxidados y allí silenciado y olvidado para siempre, le escribió prosa sencilla, cual Quijote, a su amada Doña Ausente.

Dicen los caballeros y las ancianas en los balcones que, en medio de la agonía por desaparecer al recuerdo, que respirando el mismo aire y bajo el mismo cielo, pidió de manera modesta y breve lo mejor para esa señora frágil y preciosa, atrapada en su propio palacio de inexpugnables ansiedades.

Mirando lejos, más allá de las murallas y de los campos, encerrado en una torre Mudéjar, murió Don Busca Sueños. Aplanado por el silencio, agobiado por el suspiro melancólico del amor que se va. Queriendo, pidiendo tiernamente a su fe que cada flor de cada balcón del Toledo amurallado, iluminen por siempre el camino de su Doña Girasol, como lo hacen las estrellas en la noche callada y serena.

Madrid.

Agosto 8, 2004

Despertar peregrino

Amanece. El viento, cual fantasma roncador asusta a la ventana con su clamor. La temperatura baja del ambiente hace que te arremolines mucho más entre las sábanas. Buena falta hace el calor de una pierna femenina a tu lado, ¡pero vamos!, te sigues asumiendo solo y la extrañeza se vuelve suspiro.

Se abren las miradas y cada cual a su rutina. La piedra que sostiene las casas, el leño que arde ante el apasionado amor del fuego, el pan que se rinde ante el cuchillo, la niebla que abraza los pinos y a lo lejos, el penetrante lamento de una gaita que guía la melancolía.

Sigue, una y otra vez el viento tocándole a la ventana, a ver si esta le abre su alma, que cerrada, calla amargamente lo que celosas guardan las viejas paredes.

En un arrebato, la brisa se golpea así misma y vuela lejos llevándose a los nubarrones violentamente que se desparraman más allá de la aldea y van distantes como la mirada que sigue, atenta a todo.

De pronto, la lluvia cede al pronóstico y viene a regar la viña sedienta, cientos, miles de gotitas caen y circulan las hojas, bajan por los tallos hasta llegar a su destino final: la tierra.

Brota el perfume. La tierra emana pudorosa, el aroma-humedad seductor y mágico, como el fluido natural de dos amantes que se encuentran; lluvia y tierra se funden y dan vida.

El sol, celoso, aparece en el firmamento y quiere pues hacer sentir a la tierra sensualísima que, enamorada se deja llevar apaciblemente, suave. Se completa un ciclo de amor, natural y verde, fresco, sensible y colorido.

Profundo el suspiro y la doña pasa por la mente, emprendemos el camino. El santo empotrado en la Catedral mira al peregrino, inexpresivamente pero con fuerza divina. Una plegaria secreta, un ayúdame colgado en el tiempo y las columnas resuenan. Brilla el oro, hay un olor a vela que se mezcla con el incienso y los años pesados, silentes, esconden las historias pasadas. El arte grita y las divinidades callan.

La calle empedrada. Dos abuelos que sentados en la plaza observan como vienen y van los peregrinos. Llovizna impenitente que moja todo, hasta el alma que se agobia y saca su paraguas de optimismo en esta ciudad que, se descubre a todos aquellos que vienen haciendo el camino y a otros tantos que prefieren ver, oír y esperar. Esperar.

Piedra sobre piedra. Parece que cada una quiere decirte algo, un susurro histórico perdido, quizá la querencia olvidada de un amante, tal vez solo decir lo que significa andar con el recuerdo a cuestas mientras te olvidan, mientras olvidas. ¿Se podrá?.

Un giro y en la calle angosta, un “gaiteiro” deja los lamentos y se anima con otra melodía. No para de llover, el recorrido del agua por las “rúas” se une con el sonido de la “ronqueta” para perderse místicamente hacia arriba, volando lejos en el viento y alborotando a las aves en sus escondites, mientras la gente va y viene por doquier.

Aprieta un poco el frío. En cada esquina un bar y en ellos se cuentan las historias cotidianas. Fotografías gastadas en una pared, te hablan bajito y con dolor de aquello que duele en un pueblo eternamente: la guerra civil. Y es que a donde mires te topas con un relato, en ese blanco y negro absurdo de la gente cuando se ausenta de sí misma. Cambia el reloj y el vino corre dulce por el paladar, se mezclan las sensaciones como los sabores. Miradas ajenas se intercambian en todas direcciones, en ellas, una interrogante: ¿Quién eres en realidad?.

Otro giro del tiempo y la noche se demora en esta realidad, el día reina ampliamente y las estrellas apenas se encienden, como si no quisieran brillar como si la noche estuviera cesante. Vencida la tarde, en medio de la oscuridad templada celebra la gente este verano, se envuelven las emociones de todos. Los niños corren y en sus manos luces, sonríen los abuelos y los papás, una banda le da más sabor al baile y la felicidad se instala como la soberana de la noche.

Corre el viento que refresca, se relaja el ambiente y arriba, los luceros giran lentamente hasta el horizonte oculto detrás de los pinos en sombra. Un destello surca la bóveda y trae seguro al nuevo día que despierta sensaciones y extrañezas.

San Miguel, A Coruña
Agosto 10, 2004

Apegos

Consuelo no pudo contenerse y, luego de los besos de despedida se apartó llorando, internándose en la casa. Detrás de las pequeñas montañas, los matices naranjas anunciaban la pronta llegada de la noche. El aire fresco envolvía los cuerpos y esta vez al pie del coche la despedida. Sencilla, concreta y rápida para que no duela tanto –solo que duele igual, aunque la disfracemos– y parezca normal cruzar el océano hacia otro continente y no saber si se podrá regresar algún día.

Valentín aguantó fuerte –se hace siempre el duro pero en realidad es un hombre muy sensible– como los hombres de antes que no lloraban, ¡como los buenos!. La garganta se anudó y las lágrimas quedaron para un mejor momento –que llegó más tarde en la oscuridad del autobús– en el que pudieran correr sin miradas curiosas. Casi sin darse cuenta, el último día de Valentín en San Miguel, se fue volando. Típico de las horas previas al partir.

Un desayuno sencillo, solo frutas y un buen café, iluminados por la claridad de una última mañana en casa de Consuelo. ¿Cuándo volveré?, pensaba mientras Pastor –un perro juguetón y amable como pocos– le traía una vez más la roída pelota de goma para jugar, para ir a por ella cien veces si tantas se la lanzaran. “También a ti te voy a extrañar Pastor”-pensó-, y lanzó una vez más la pelota mientras el gigante corría velozmente tras ella.

Las visitas correspondientes. A decir “hasta luego” a todos aquellos que de una u otra forma compartieron ratos agradables, tías y primos, Valentín apreciaba cada minuto, cada gesto y cada emoción con la gente. ¿Y si no los vuelvo a ver? –se interrogaba a sí mismo-, ¡Cuánto valor llevan los momentos breves, esos en los que nos encontramos en el camino, en los que dejamos un recuerdo y una sonrisa!.

-Yo creo que a Valentín le sucedía algo, algo extraño, se le notaba en su tono al hablar, pero lo disimulaba bien- En su mente no caben las imágenes, las palabras, no olvida las sensaciones, los olores, las texturas. ¡Ha sido increíble estar en casa de nuevo!. Luego de tantos años de pronto estás allí, oyendo otro idioma, en medio de una rutina diaria distinta y sin querer, el cariño.

Se duele el corazón y, mientras avanzan los kilómetros hacia el destino, va en el ambiente la sensación de irse despojando amargamente, de todos los apegos de estos días. Una mirada perdida hacia atrás, a lo que se deja. Tiene Valentín en mente, mientras la noche se roba la tarde, aquel café, la mesa de gente, la conversación amena.

Y en el último día –pensó viendo las luces en las casas lejanas- descubrí que pasarán quizá años para volverse a ver, tal vez si todos los días fueran así, pero no, sería otra cosa, algo distintos. Una rutina como cualquier otra. El tiempo es una grieta por la que se escapan nuestras ilusiones.

Llega la despedida y nos recuerda que esos instantes van quedando, que los llevamos a cuestas como nuestro equipaje y casi se nos detiene el corazón cuando vemos que el viajero se aleja lentamente. En su mente como una película, aparece la imagen de la Consuelo, en aquella casa vieja, agobiada por las emociones de la despedida sencilla, haciendo cosas para evadir la grieta y continuar con el día a día.

Duerme Valentín en su retorno. Sueños rotos y atrás, queda casa, el paisaje, el abrazo caluroso y el “hasta pronto”. Lo dobla y lo guarda dentro, sopla la melancolía y el amanecer trae nuevas miradas, lejanas y misteriosas. Horizonte inalcanzable, va el viajero perdido desafiando al tiempo y sus apegos.

En algún lugar entre Galicia y Madrid.
Agosto 17, 2004.

Nada

El teléfono no para de estar en silencio.

Sigo siendo un iluso al creer que repicará y detrás saldrá tu voz. Por más que lo intento, la fuerza de mi pensamiento no logra que el dichoso aparato me traiga tus noticias.

Sigue allí, mudo. Con sus botones llenos de polvo y su pantallita digital. No suena, no te acerca. Quisiera poder descifrar los códigos y como un impulso eléctrico llegar hasta tu oído en dos milisegundos veloces.

Nada.

Sigo fantaseando a que llamas, y sigo estrellándome contra tus muros. Masoquismo necio. Parece que te asomas, tu mensaje de “enhorabuena” es como un vuelo rasante, como para verme un rato cerca y alzar de nuevo hacia arriba, lejos.

¿O es una debilidad?. Tal vez una señal para decir: “Hola, estoy bien sin ti”. Será mejor no reventarme mucho más, tratando de ver, de descifrar lo que esconden tus frases cortas.

Miro de nuevo y nada. El aparato no acaba de quedarse callado, insisto. Como insisto contigo mientras el reloj avanza otro poco, mientras me desgasto en este “time out” que me obstino en darte. Y que se extingue sin una prórroga que nos salve.

Nada.

Aún no llamas y cambian los dígitos de la pantallita, que ya me cansa. ¿Lo harás?. Pienso que no, pero mis anhelos no dejan verlo claramente, la niebla de mis deseos impide sujetarme a lo racionalmente correcto, me pierdo una vez más y divago soñando que nos veremos, que caerán tus muros como el de Berlín y te atreverás finalmente a no dejar pasar esta historia de tontos.

Nada.

Otro cuarto de hora y entre tanta nostalgia hace falta el buen humor. Así digamos que tendría la entereza de hacer de esto un chiste, algo como: ring... ring... ring... ¡Hola!, ¿eres tu?.... Buenas tardes, llamamos para informar que su avería ha sido corregida. Y cuelgo, ya llamaré, digo con aire triunfalista.

Nada.

No suena la cosa esta. El silencio de tus labios y tu clandestinidad emocional me vencen. No suena la llamada y no hay avería alguna, ¿excusas quizá?, en esta tarde Madrileña en la que juego a “la llamada”, escribo para no desviar el rumbo, para desempolvar el optimismo sin pronunciar tu nombre. Para convencerme que nada, que no sonará el aparato.

Madrid

Agosto 18, 2004

El Cantaor

La luna colgaba su sonrisa de medio lado, cortando al cielo oscuro de la noche Sevillana. De cerca, la osa mayor parecía danzar a lo flamenco, pero la luna con su talante moro pasaba de ella con mirada indiferente.

La Giralda iluminada, del otro lado del Guadalquivir, custodiaba solemne a una ciudad que vibra a toda hora, tanto como el ir y venir de los carruajes, como los mosaicos geométricos del Alcázar, tanto como la sangre andaluz fluyendo con fuerza dentro de esta maravillosa gente.

Más allá y, vigilando la antigua entrada a la ciudad: la Torre del Oro. No ha podido el tiempo diluir su estirpe, de barcos, marinos y hiedras encantadas.

Corría el viento sobre el río, ondulando continua y apaciblemente el agua, como para relajar la mente. Como para olvidar un poco. Animado, un barco pasa por debajo del puente Isabel II y se pierde por el canal en la penumbra mientras que sus viajeros se festejan felices.

Se oye de pronto ante semejante escenario, un lamento. Una voz que rompía el aire dolorosa pero llena de magia. En la baranda y de cara al río, un hombre con el rostro a contraluz, cortejaba la noche con su melodía gitana.

Aquél gigante, entregaba su canto sevillano, mientras en lo alto la luna se sonreía más y regocijada, brillaba como nunca para encender los corazones de los transeúntes fortuitos. Una nostalgia circulaba en el ambiente, y también la sensación de que aquel hombre irradiaba una fuerza especial, casi celestial.

Los pocos presentes vieron como el cantaor, caminó unos pasos y sin dejar de cantar, soltó esa sonrisa inconfundible que solo “Él”, que solo “Jesús” puede mostrar. Era el rey de reyes, gitano, caminante. Un llanto conmovido ante la presencia del “señor”, extrañezas en la garganta anudada y un “no temáis” sellaron para el recuerdo aquella velada. De cerca, la mirada de fuego profunda y tranquila. Otra sonrisa y el gigante andaluz se perdió a través de la gente y los contrastes nocturnos, como si nada, con la melodía rompiendo los miedos, con el amor inmenso y la añoranza prendida.

Huyendo, la luna fue a refugiarse detrás de la torre, y cuando el reloj doblaba mucho más allá la media noche, llegó el sueño y con él la paz infinita de “Jesús”, el cantaor andaluz.

Sevilla
Agosto 19, 2004

Al-andalus

Hace siglos que estuvieron aquí. Retomaron sus tierras invadidas y sentaron las bases de la hispanidad, de lo que es hoy un país multicultural. Tuvieron en aquel entonces los moros que replegarse, abandonar castillos y pueblos.

Pero el Islam no se fue por completo, aún vive y respira en las angostas calles de Granada.

El cielo azul intenso. Las nubes ausentes se fueron hace tiempo a lloverse mucho más al norte y, en su adiós dejaron al viento que soñoliento, sopla a veces sí, a veces no. En la distancia, sembradíos de olivos contrastan su verdor con el terracota árido que da la bienvenida a los visitantes que se aventuran al dominio Nazarí.

Explorando, hurgando en las pequeñas tiendas al paso, la Cuesta de Gómerez conduce directamente a la ciudad musulmana de la Al-hambra. Inexpugnable, mágica, espiritual y digna de la grandeza de “Alá”, más aún de los hombres que la construyeron. De solo admirarla apenas se comienza a entender ¿por qué?, el imperio árabe dominó por siglos este paisaje.

“No hay más Dios que Alá”. Y así se siente en cada Aljibe, Alminar, Jardín y fuente por donde fluye con absoluta naturalidad el líquido preciado, el agua. Este elemento, tan fundamental para ésta cultura, no deja de correr por los canales planificadamente construidos a lo largo de toda la fortaleza.

La belleza deslumbrante de cada jardín, recuerda efectivamente en dónde reside el creador, según la visión islámica aquí presente, majestuosamente mezclada con el catolicismo y sus expresiones. Adquiere sentido todo, al descubrir piedra a piedra, mosaico tras mosaico, casa a casa. Se abre ante la mirada, lo profundamente arraigado que está el Islam en nuestra cultura. En las palabras, en la arquitectura, en la música, en los mercados de las calles súper estrechas, en los hermosos ojos verdes de las mujeres granadinas.

Irónico es palpar esta grandeza histórica y por el otro lado ver en la tele como el estúpido ignorante del norte bombardea Nayaf, Faluya ó Bagdad. Y es que ninguna “bomba inteligente” podrá nunca contra las premisas de la religión árabe y lo que ella significa para cada persona que la profesa. Lo dicen a gritos, los muros de los palacios Nazaríes.

La tarde se desliza, el sol sigue alto y en las calles todos los visitantes se dejan llevar por la seducción del mercado árabe, tradición de siglos en el hoy. Granadas, plata, pañuelos, abanicos, toros, esencias; la más fantástica mezcla producto de la influencia árabe.

En la plaza de Al-Rambla, los pájaros por miles, vuelan y se instalan de pronto en los árboles, dando cantar y sombra para quienes embriagados por el paisaje se sientan a mirar el despertar de la noche gitana de granada. Niños juegan. De fondo el saxo romántico de un músico arroja con su melancolía a los enamorados que van lentamente por las calles que rodean el lugar, como deteniendo eternamente su encuentro.

Más allá de la Gran vía de Colón, adentrándose cuesta arriba por una callecita angosta y larga, se disuelve el idioma. Y de pronto aparece el árabe, los bares tienen pequeñas mesitas, con portales de arcos corvados delicadamente adornados con yeserías y minuciosas geometrías.

Las mil y una noches, en una calle cualquiera de la Granada de hoy. Musulmana, gitana, andalú... española.

Se tuerce la madrugada y la gente sigue en la calle, los bares animados, la cerveza que acompaña el paladar y la mirada contenta, satisfecha de tanto descubrir.

Granada.
Agosto 20, 2004

Tango en la plaza

La tarde vencida se iba lenta en Plaza Mayor. El cielo anaranjado, se fundía con el carmesí de las viejas paredes del ayuntamiento.

De fondo el murmullo de toda la gente, caminando tranquilamente sobre la piedra antigua de la calle. Felices, un grupo de niños juega y corretea para luego rodear al heladero, que como puede va despachando las barquillas a toda la chiquillería, acompañándolas de sonrisas amenas.

Una pareja de enamorados se acerca a una de las pequeñas redomas y sientan su pasión junto a un viejo que, silencioso y aferrado al bastón, contempla como transcurre el ambiente delicioso del centro madrileño en este verano alegre.

Un músico de calle, barbudo y canoso, llega con su acordeón a esperar el turno de este día. Para tocar, para buscar el sustento breve a través de sus melodías. Enciende un cigarrillo mientras el instrumento se descansa a un lado. Hay un aire de tristeza en sus ojos, probablemente frustración y al mismo tiempo el peso de una rutina infinita.

”Levantar la pesadez de los años, arañar un trozo de pan, fumar, caminar, hacerse un espacio en la plaza, tocar... Ganarse el día abriendo y cerrando el añejo acordeón, deleitando a todos los que vienen y van.”

Aquel hombre, acabada la espera toma el instrumento y magistralmente la melodía pasa a fundirse con el entorno, un artista que con sus pinceladas musicales enaltece el romanticismo de la mayor. Se oye, se palpa erizante y es un tango que penetra con fuerza dentro de la piel.

Una silueta femenina transgrede el ambiente, junto a su compañero, baila casi con perfección el sensualísimo ritmo sureño. Se pierde la mirada en su figura filosa. Zapatos de tacón alto, puntiagudos que dejan salir de a poco sus blancos dedos. Unas pantorrillas deliciosamente delgadas, que giran en ángulos y, rápidamente cada vez más a medida que lo exige el ritmo.

Sigo cayendo, y a sus contorneadas piernas las cubre a partir de las rodillas, una malla negra, gastada por el tiempo con diminutos huecos a través de los que huyen sus secretos íntimos. Una falda de igual color ceñida a sus muslos, hace que su cintura sea apenas la mitad de su belleza bailadora.

Pechos pequeños, torso frágil, hombros elegantes escondidos detrás de su blusa azabache que ajustada va conteniendo el perfume y el sudor que produce su cuerpo al bailar.

Sigue el acordeón, el tango se duele sensualmente y ella hipnotiza con sus vueltas. Su cuello es largo y delgado, su rostro blanco. El maquillaje contrasta con su tez y su nariz alargada, en armonía con toda la composición de su cara adolescente. Otra vuelta con la milonga y muero con sus ojos verdes, tristes y callados.

Cierra su imagen un cabello castaño oscuro, recogido a modo de cola trenzada, no muy larga pero acompasada a sus giros. Cinco minutos para el próximo show y me acerco:

-¡Hola!, ¿Me concedes una foto?.

-Sí claro.-respondió con serenidad y acento sureño-. Me impactó, y se veía preciosa.

Junto a una de las columnas se recostó ligeramente y con mirada de tristeza, sus ojos buscaron el futuro detrás de mi lente.

Hice ¡clic!.

-¡Gracias!, Eres muy hermosa –apunté-, claro con el perdón de tu esposo. Un poco ruborizada contestó –Somos hermanos y, debe haber cosas más hermosas que yo, pero gracias chiquillo-.

-Un placer, me llamo Javier- y le tendí la mano.

Apremiada por el tiempo –El gusto es mío, Ana es el mío y también es un placer, como decís en tu acento-.

¡Ana! -Dijo el hermano- ¡Vamos que toca el otro!.

Entonces nos separamos y ella se puso a su lado, la música volvió a sonar y de nuevo el show se dio inicio.

En el otro descanso volvimos a hablar. Un poco de todo. De lo duro que es trabajar en la calle, de que salió de la Argentina hacía tres años. De lo mucho que extrañaba a los suyos e indudablemente, de su pasión por bailar. Por un instante creí que nos conocíamos de siempre, la sensación de una confianza particular, de esas que cuando las sientes te regocijan casi sin que te des cuenta.

Como no podía seguir allí, interrumpiendo su trabajo, le dije que volvería luego para invitarla a tomar algo y emprendí camino hacia Gran Vía. Pasaron luego un par de horas y cuando regresé a la Mayor entrando por la Puerta del Sol, ya no estaba. Maldije mi absurdo retraso y esperé largo rato por si aparecía, pero no, no ocurrió. Así lo hice cada tarde durante una semana, pero Ana y su hermano no aparecieron por la Plaza, no había rastro de ellos. Y se apagó aquel tango maravilloso.

El último día que la busqué, un viejo que toca la guitarra me contó que Ana y Arturo no se llevaban bien. Discutían y peleaban constantemente hasta que, según cuentan los vecinos de su pensión, a consecuencia de la violencia de Arturo hacia Anita, ésta decidió regresar a la Argentina, dejando detrás el tango, la Plaza Mayor y nuestro fugaz encuentro aquella tarde.

Nunca más la volví a ver.

Madrid
Agosto 24, 2004

La Ciutat

Don Alfonso es un tío colombiano, con siete años viviendo en Barcelona. Era una mañana de esas tempranas y, Joaquín esperaba en la Estació Sants a que la oficina de turismo le diera información sobre alguna buena posada y sobre todo: ¡barata!.

Una grieta de causalidad en el mismo banquillo y surge la conversación entre dos extraños, mientras los trenes vienen y van repletos de gente. Para mantenerse, Don Alfonso trabaja en turismo, pero un turismo “free lance”, que procura obtener los euros suficientes para vivir tranquilo en estos tiempos. La hora apremiaba y la oferta de alojamiento en la calle Aldana no estaba mala, así que Joaquín se unió al grupo de viajeros que dormirían esa noche en casa de Don Alfonso.

Como en casa. Habitación de primera, acceso a baño, todo. Hay un ángel allá arriba cuidando a Joaquín, quién sabe a dónde hubiera parado dentro de la ciudad de Gaudí si no hubiera sido por la hospitalidad del amable señor Alfonso. Todos los detalles están cuidados en su casa, así que Joaquín, los brasileños y la “gringa”, estaban, según el consenso, mejor que en el Hilton. Risas.

Además que la guía para recorrer lo más importante de la capital catalana es inmejorable, sabios consejos del Don. Sin mucha pérdida de tiempo, el caminante salió a las calles de Barcelona, para cortejarla un rato.

Abre la escena, una genial integración de naturaleza y arquitectura. Desencajan las líneas rectas para convertir al Park Güell en la mejor forma de respirar el aire barcelonés. Arte constructivo y casi parece obra de un dios, inspirado en la complejidad de la natura. Espacios distintos y la mirada descansa en cada mosaico, perdiéndose en las formas que contrastan con el cielo.

Un asomo y en la distancia a través del lente, la obra mayor de Antoni. Pocas son las palabras que pueden describir lo que significa encontrarse frente a la Sagrada Família y la fuerza espiritual que desprende. Esculturas de línea única e irrepetible, diseño irrepetible y la piedra llevada de mano de la creatividad humana a estados perfectos de admiración.

Viaje a 65 metros de altura y “la Ciutat” con 380 grados de panorámica para el espectador. Aquí, lo más cerca del cielo será la Sagrada Familia y su arte, nada más. No habrá otra estructura capaz de alcanzarla.

Aunque... Joaquín no verá al Sagrada Familia en todo su esplendor, pues según los entendidos, todavía quedan unos ochenta años para dar culminación a la obra. Así que habrá que verla desde otro ángulo.

Se detiene el autobús y el Paseo Gràcia contrasta con sus tiendas de marca y ropa “High Class”. La Pedrera se impone y el lujo señorial sobrecoge a los transeúntes. Los árboles del paseo acarician la calle con su sombra, mientras Joaquín sentado frente a una de esas tiendas, jala un recuerdo y exhala un suspiro.

Plaza de Catalunya y sin avisar, la Rambla. Una jungla urbana de tremenda pluralidad, abierta a todos. Los mimos y los artistas de calle le dan a toda la avenida una vida bohemia y culturosa como pocas, al final atrapa. Los girasoles sonrían felices mientras la mirada exploradora sigue adelante.

Hay tantas historias en estas calles. Desde esas personales, comunes, triviales. Hasta las que históricamente resaltan en los libros de este puerto del mundo. Porque Barcelona también es mar, viento y puerto mediterráneo.

Colón apunta al mar. Como señalando lo que viene, lo que está por arribar al Port Vell. Pasos por encima del mar, una maravilla tecnológica que conduce al “Maremagnum” y su embajada de globalización. Otro Mc’Donalds, Joaquín lo ignora y sigue.

Calles estrechas y el Barri Gòtic se alza como un misterio urbano por resolver. Abajo la ciudad Romana. Arriba los bares, los cafés y la gente conversando. Tiene la Ciutat vieja una melodía ancestral, que suena constante y una poesía escrita con nostalgia en cada esquina.

Un descuido y la Plaza Rial. Los muchachos que juegan la partida de fútbol y la fuente de testigo. El público aplaude la integración de todas las naciones al mismo juego, niños de diferentes lenguas. Bob Marley reencarnado hace sonar su guitarra: “No woman No cry”, se funde con el grito de “Gol” de aquel chiquillo que se convierte en súper estrella del balón pie de plaza.

La noche cae tarde, se encienden las lámparas Gaudianas y la calle sigue repleta de gente. Plaza Espanya y al final la fuente da concierto para todos. Sube y baja de colores, acuarela que fluye, agua-arcoiris al ritmo de opera magistral que ilumina el ambiente mientras los espectadores se emocionan maravillados.

Una sonrisa que conquista mundos y, la morena ojos verdes que flanqueada por dos amigas baila la noche. Maremagnum globalizante y la disco revienta de gente, ritmo caribe y su melena sensual deja la estela, es preciosa. Jala otro poco el Joaquín deslumbrado.

Se amanece el sábado y el puerto convoca a todos para su encuentro. Rambla de Mar directo a Barceloneta, playa típica y tranquilidad a todo lo largo. Llama el mediterráneo a adentrarse en sus aguas. Una familia ríe a granel, cuando el patriarca sale con bañador estilo años treinta, sin pudor alguno y contorneándose cual Stallone, el show playero para la carcajada de todos.

Pechos al aire y la señora sin pena broncea sus cincuentas como si quince. La francesa que lee, el joven que trota por la orilla, la pareja que con sus dos hijitos duerme tranquila mientras, la espuma se disuelve sobre la arena. Todos en la compañía silente de un Joaquín, que se despide suavemente de la Barcelona preciosa.

Barcelona
Agosto 28, 2004